

Roberto Burgos Cantor, el talismán de la memoria

Por Irina Henríquez Vergara*

Desde el 16 de octubre de 2018 ya no nos cobija más la sabia y generosa palabra de Roberto Burgos Cantor, el gran escritor caribeño que supo crear una obra sólida digna de muchos galardones. Con este breve perfil suyo pretendo hacer un homenaje póstumo a la memoria de quien tanto se preguntó por la naturaleza de esa palabra.

Roberto Burgos Cantor nació en Cartagena de Indias el 4 de mayo de 1948. Hijo de Constancia Cantor y Roberto Burgos Ojeda, publicó su primer cuento «La lechuza dijo el réquiem» en 1963 en la revista *Letras Nacionales* que dirigía Manuel Zapata Olivella. Aunque fue su padre quien lo hiciera llegar a Zapata sin consultarle al

joven Roberto, este acto constituyó su entrada al mundo literario. Estudió en Cartagena hasta el bachillerato y se trasladó a Bogotá en el año de 1966 para iniciar estudios de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional; llegó a la capital justo el día que mataron a Camilo Torres. Colombia ya era la patria convulsa que había visto morir asesinado a Jorge Eliécer Gaitán y le había dado auge al bipartidismo en medio de revueltas sociales agitadas por la revolución cubana. Roberto Burgos Cantor era un joven sensible y con una convicción clara: ser escritor. Su contexto sociopolítico no le era indiferente, y esto marcó en él la condición de los que aguardaban la esperanza de la transformación del mundo: «En esos años, se aguardaba la esperanza de que el mundo fuera transformado y entonces, el compromiso del escritor con su literatura sería participar en la construcción de ese mundo de libertad (...)»

* Poeta, productora de cine, tallerista de escritura creativa. *E-mail*: henriqueziri@gmail.com.

(Burgos, 2001, p. 35). Así, comenzó a llevar paralelamente una vida de estudiante de Derecho y de escritor que se caracterizaba por su búsqueda experimental en la forma:

Los años que siguieron desprendían la intensidad que caracteriza a las épocas de ilusiones transformadoras compartidas. En ese estremecimiento hacía las tareas de escribir en los periódicos y las revistas literarias, ganar algún concurso. Eran textos experimentales que servían para mostrar-me lo que no se debe hacer y mantenían un signo de lealtad con la vocación. Pero estaba insatisfecho, infeliz, rabioso (Castillo y Urrea, 2009, p. 51)

Y estaba insatisfecho, infeliz y rabioso porque no podía sostener el hecho de que lo llamaran escritor sin haber escrito al menos una obra de rigor. Por ello, a los 32 años hizo una pausa laboral para encerrarse en el apartamento de su hermana en Barranquilla a escribir la novela que había estado esbozando desde hacía un tiempo. Según Burgos, este era un imperativo moral que no tenía más posibilidad de ser aplazado. Sin embargo, por más que se dispuso, descubrió que ello no era suficiente: «(...) la disciplina, el aprendizaje, la astucia, la persistencia que requiere una novela, por llamar todo esto de alguna manera, la gasolina, no estaba en mi tanque» (Burgos, 2001, p. 55). Así fue como aprovechó ese tiempo para escribir su primer libro de cuentos *Lo Amador* (Colcultura- Universidad de Cartagena, 1980), un particular volumen de relatos protagonizados por personajes que son representaciones desgraciadas de boxeadores, cantantes, reinas de barrio, en un cronotopo que lo emparentaría con las de otros autores (como el Manuel Zapata Olivella de *Chambacú, corral de negros*) que han narrado el desarraigo nacional y latinoamericano, en particular el de la Cartagena poscolonial: un barrio miserable de esta ciudad (que le da título al libro) en el Caribe de los sesentas y setentas. Para Alonso Aristizábal, *Lo Amador* es uno de los más peculiares e importantes libros de relatos de la literatura colombiana del siglo XX:

Desde la primera edición de *Lo Amador* los lectores han podido encontrar en las obras de este autor al narrador empeñado en crear su propio lenguaje a través del espacio de la memoria. Es un libro rico en elementos, el más importante, su gran prueba, que más de veinte años después sigue vigente, hecho que contribuye a la reivindicación del escritor. Hoy lo podemos leer como si hubiera sido escrito ayer, como si sus personajes acabaran de pasar frente a nosotros haciendo ademanes de despedida para irse para Venezuela. Este texto posee estructura de libro de cuentos, aunque en conjunto puede apreciarse como una novela. A esto se debe que sus habitantes se interrelacionen (Castillo y Urrea, 2009, p. 154).

Con *Lo Amador*, Roberto Burgos logró iniciar su búsqueda de intereses estético-narrativos y perfilar el que sería el universo de sus personajes; siempre entre populares y trágicos, entre vitales y desamparados. Podría decirse que este libro configuró las obsesiones del autor, ya que las temáticas y las formas tratadas son las que se irían decantando con el tiempo en sus obras sucesivas. En *Lo Amador* se sistematizan siete relatos narrados en primera persona de manera independiente, pero en su cronotopo se entrecruzan personajes e historias. Guardando las proporciones, no sería arriesgado afirmar que en esa estructura Roberto Burgos germinó un proyecto estético-narrativo cuyo mayor logro se ve reflejado en *La Ceiba de la Memoria* (Seix Barral, 2007).

Después de escribir *Lo Amador*, vino la prueba de la primera novela, cuya escritura asumió bajo la idea de no querer ser «un escritor de fines de semana»:

Seguí con la novela. Por supuesto no se sigue. Un escritor está cada vez que termina un libro otra vez al comienzo. Y ahí estoy al borde del precipicio entendiendo aquello que en su sabio delirio confió Truman Capote: al escritor Dios le da un don y también un látigo (Castillo y Urrea, 2009, p. 51).

Imagen 1. «José Raquel es negro. Tiene los labios gruesos y los pómulos salientes. Es amigo de todos y los invita a su casa a jugar dominó y oír las canciones», pasaje de *Lo Amador*.



Fuente: Fotografía de Neila Macea Smith (2021).

Así vio la luz *El patio de los vientos perdidos* (Ed. Planeta, 1984), sobre la cual afirma: «este es un libro de todas mis preferencias. Al ser la primera novela tiene las muestras de mi inocencia y de mi ambición» (Castillo y Urrea, 2009, p. 57). Con *El patio* consolida otra manera de contar el Caribe, la amistad, el trasegar de los personajes; siempre desde un arriesgado uso del lenguaje poético pero popular (Aristizábal, 2010, p. 93).

Tras la publicación de la primera novela, siguió la reedición de *Lo Amador y otros cuentos* (Ed. Oveja Negra, 1986); *De gozos y desvelos* (Ed. Planeta, 1987), un libro de relatos que muchos consideran una novela como ocurre con *Lo Amador*. Luego vendrían dos novelas: *El vuelo de la paloma* (Ed. Planeta, 1992) y *Pavana del ángel* (Ed. Planeta, 1995); el libro de cuentos *Quiero es cantar* (Ed. Seix Barral, 1998) y un libro distinto como lo es *Juego de niños*, catalogado como «libro infantil»; (Coop. Ed. Magisterio, 1999). En el año 2001 aparecieron las reediciones de *El patio de los vientos perdidos* (Ed. Norma), *Lo Amador* (Ed. Norma) y por primera vez se edita el libro con el cual deja un testimonio de su época: *Señas*

Particulares, testimonio de una vocación literaria (Ed. Norma). Este último libro dio muchas luces sobre su vocación y su obra misma. En una carta firmada el 21 de septiembre de 2008, el escritor Fernando Garavito le escribió a Burgos:

Don Robert, para escribir lo que quiero escribirte, tendría que hacer la “rigurosa y cordial salvedad” que algún día te hizo David Jiménez: “Quiero decirle, Roberto, que *Señas particulares* no sólo lo leyeron sus amigos” (...) Lo que quiero decirte es que, aparte de ser un libro testimonial sobre la tarea del escritor, sobre sus angustias y desvelos, sobre sus dudas e indecisiones, *Señas particulares* es también un hermoso libro político, donde nuestra época encuentra una valoración minuciosa y certera (Castillo y Urrea, 2009, p. 222).

En adelante de *Señas particulares*, aparece el que muchos consideramos es su libro cumbre: *La Ceiba de la Memoria*, catalogada como novela histórica; su documentación, escritura y reescritura le tomó al autor varios años. La primera edición fue publicada por Seix Barral en 2007. Fue merecedora del premio José María Arguedas 2009 —Casa de las Américas 50 años— y fue finalista del Rómulo Gallegos 2009. Después de *La Ceiba de la memoria* hasta la fecha de su muerte, Burgos Cantor publicó los libros de cuentos *Una siempre es la misma* (Ed. Seix Barral, 2009), *El secreto de Alicia* (Ed. Planeta, 2013) y de manera póstuma fue publicado *Orillas* (Seix Barral, 2019), y las novelas *Ese silencio* (Ed. Planeta, 2010), *El médico del emperador y su hermano* (Ed. Seix Barral, 2015) y *Ver lo que veo* (Seix Barral, 2017). Durante su vida recibió múltiples premios y reconocimientos, entre ellos el doctorado *Honoris Causa* como reconocimiento a su trayectoria literaria por parte de la Universidad Nacional.

Roberto Burgos Cantor hace parte de una generación literaria que tuvo que llevar a costas el peso del *boom* latinoamericano y, en el caso colombiano, la poderosa sombra de *Cien años de soledad*, en un país en donde «la literatura avanzaba por

demolición», como dijo Burgos (Castillo y Urrea, 2009, p.101), recordando al crítico uruguayo Ángel Rama. Sobre el legado de este movimiento hacia su generación, afirma:

El *boom* para mis contemporáneos y para mí fue pura innovación. Nuestra literatura tenía un problema de lenguaje: cómo nombrar esa realidad desbordante de América Latina. Si le aplicabas el código europeo, no funcionaba (...) resolvió el tema del lenguaje con cierta sabiduría cuando incorporó elementos de la poesía a la prosa (Castillo y Urrea, 2009, p. 136).

Imagen 2. Las gotas, ojos del pasado.



Fuente: Fotografía de Linda Esperanza Aragón (2022).

Burgos se reafirma como autor en la imperiosa necesidad de «negar el pasado», debido al descontento con la tradición literaria colombiana inmediatamente anterior a *Cien años de soledad*; sabiendo reconocer y acoger los postulados del lenguaje aportados por esta y siendo ambicioso, queriendo ir más allá. Alonso Aristizábal advierte en la obra de Burgos Cantor una honda *conciencia estética* de la idiosincrasia caribe identificada con autores como el colombiano Héctor Rojas Herazo y el cubano José Lezama Lima en su libro *La expresión americana*; y en la importancia del mar como espacio narrativo: «Estos aspectos hacen pensar que la obra de Burgos Cantor es un aporte a la expresión del barroco latinoamericano, y más dentro de las generaciones posteriores al *boom*» (Castillo y Urrea, 2009, p. 163).

Es importante mencionar algunos de los autores y las obras que, según Burgos, en el caso colombiano, además de García Márquez y *Cien años de soledad*, contribuyeron a la construcción de un presente a partir de la «voluntad de negar la tradición», y que dando inicio al «proceso de anunciación de una narrativa (...) despejaron el horizonte para el establecimiento de un fecundo y experimental espacio intertextual en el que confluyen corrientes enriquecidas que dialogan entre sí» (Castillo y Urrea, 2009, p. 101). Entre ellos tenemos a Fanny Buitrago con *El hostigante verano de los dioses* (1963); Óscar Collazos con *El verano también moja las espaldas* (1967) y *Son de máquina* (1968); a José Félix Fuenmayor con *Muerte en la calle* (1967); Manuel Zapata Olivella con *Chambacú, corral de negros* (1963) y *En Chimá nace un santo*; Héctor Rojas Herazo con *En noviembre llega el arzobispo* (1967); entre otros.

Según la escritora Luz Mary Giraldo, esta generación de autores «(...) proponen una narrativa que puede ser más contestataria y crítica, más referida a la reflexión sobre la creación artística, menos testimonial y evidentemente de estirpe urbana» (Luz Mary Giraldo citada en Ramírez, 2011, p. 41). Burgos Cantor hace parte de una generación

que, a pesar de ser reciente y a la que le debemos una mayor atención crítica, su aporte ha sido una propuesta narrativa y artística coherente, y en definitiva fundamental en el panorama de la literatura colombiana e hispanoamericana actual.

Su testimonio dado en entrevistas y en el libro *Señas particulares* ha sido fundamental para dilucidar cuáles fueron sus móviles estéticos, aunque la principal manera de comprenderlos es mediante el acercamiento a su obra. En ese sentido, es interesante recordar una idea en la que Burgos Cantor fue reiterativo, y es la del arte como una forma de justicia. Según esta idea, el arte, en este caso el de la escritura literaria, precisa de un compromiso del autor con la obra misma, partiendo de un profundo conocimiento de su realidad. No es esto que la obra esté llamada a la subordinación de los hechos cotidianos, ni a la transformación explícita de ellos. Herramientas como la imaginación y el lenguaje la ponen (a la realidad) al servicio de la empresa creativa. Al ser interrogado sobre el aporte de la literatura a la solución de la sociedad en guerra, Burgos Cantor ha afirmado:

Hay una idea antigua sobre la literatura, sobre la responsabilidad que el escritor tiene y sobre la jerarquización de esa responsabilidad. El primer deber del escritor es hacer bien su oficio, que es producir arte. La literatura lo es, y el escritor no puede subordinar ese designio a nada diferente de ella porque afectaría algo que está en la naturaleza de la literatura: la libertad. Cuando el escritor tiene otros designios, como convencer a alguien, mover a determinados adeptos de una religión, e incluso hacer propaganda, está frustrando la posibilidad de libertad que está en el arte (Castillo y Urrea, 2009, p. 132).

La principal condición entonces para que el arte sea posible de manera genuina es la de la libertad. El autor plantea que, tal vez siendo fieles

a esta, sea factible desenmascarar aspectos de la realidad misma: «entonces no hay que hacer mucho esfuerzo en tratar de actuar sobre la realidad porque, cuando el escritor lo es de verdad, la revelación, la libertad, la protección y la intimidad personal sucederán fatalmente en su obra» (Castillo y Urrea, 2009, p. 132).

Si hay un libro suyo en donde reflejó de manera clara el postulado anterior, es *La ceiba de la memoria*, una novela histórica cuyos hechos se desarrollan paralelamente en el tiempo del S. XVII y en la contemporaneidad, en los espacios de Cartagena de Indias y el Istmo de Panamá, en el Caribe, y Europa. Esta novela cumple la labor de insertar voces marginadas de la historia oficial, como los esclavos africanos, pero también la de reflexionar de manera aguda sobre las posibilidades de la libertad y la memoria.

Como siempre, la mejor manera de acercarse a una obra y de rendirle homenaje es leyéndola. Sea esta una invitación para caer en las mañas de su palabra.

Referencias bibliográficas

- Aristizábal, A. (2009). Burgos Cantor: el Caribe, el patio del cielo y de la tierra. *Hojas Universitarias*, (62), 90-98.
- Burgos Cantor, R. (2001). *Señas particulares, testimonio de una vocación literaria*. Grupo editorial Norma.
- Burgos Cantor, R. (2009). *La ceiba de la memoria*. Seix Barral, segunda edición.
- Castillo Mier, A. y Urrea A. (2009). *Memoria sin guardianes*. Observatorio del Caribe Colombiano.
- Ramírez, J. (2011). Entrevista: “El silencio de Roberto Burgos Cantor”. *Caballo Perdido, Revista de ficción breve*, (1), 35-48. ■■■